

la osadía de mirar de frente á una criatura con faldas. Verán ustedes cómo sucedió esta desventura, que ha sido la peor de todas las malas pasadas que me ha jugado mi incurable timidez.

Tenía yo un vecino llamado don Anastasio, viejo campechano y bromista, que había sido amigo de mi padre y que siempre que nos encontrábamos en la calle me decía mil picardías para sacarme los colores á la cara, llamándome calaverón. Éste D. Anastasio era viudo y padre de dos niñas que no parecían hermanas, pero ni siquiera parientes. Adelia, la mayor, era un ángel de belleza y de bondad: alta, rubia, lozana y fresca como una rosa, tenía un talle encantador y unos ojazos verdes que reflejaban toda la dulzura de su alma. En cambio la otra, á quien habían bautizado con el nombre de Amelia, era el reverso de la medalla. La Naturaleza, que tan pródiga había sido con la primogénita, se mostró muy tacaña con este último fruto de los legítimos amores de D. Anastasio. Pequeña, flacucha, de tez muy morena y carita de vinagre, no se contentaba con ser fea sino que se permitía tener una índole insufrible y un ojo bizco. Tan notable era el contraste entre las dos hermanas, que las malas lenguas las llamaban por apodo *El Día y la Noche*.

Hizo mi mala suerte que me enamorase de Adelia, el Día. Su imagen apacible y pura como una estampa religiosa se convirtió en mi compañera inseparable; durante noches y noches me desvelé haciendo castillos en el aire y tomando resoluciones varoniles que se desvanecían con la luz de la mañana; porque si el amor sincero vuelve tímidos á los más decididos, ¡qué estragos no hará en los que como yo temen más á una mujer que á un bote de metralla! No puedo decir la envidia que me daban aquellos de mis amigos que tenían novia, que le escribían cartitas y hasta hablaban con ella. ¡Cómo ad-

miraba su atrevimiento y qué no habría dado por ser como ellos, como tantos otros, como todos en fin! Pero estaba de Dios que yo sería una excepción, un caso raro y tal vez único en este mundo, que tan benévolo se muestra con los audaces como injusto y severo con los apocados. Esta y otras reflexiones que me torturaban de continuo, acabaron por agriarme el genio y convertirme en un personaje desagradable y gruñón, que todo lo veía de color oscuro.

Por fortuna, en mi desierto había un oasis: Adelia, la virgencita rubia de ojos verdes que me reconciliaba con la existencia, sus desengaños y amarguras. El amor que me inspiró fué creciendo rápidamente hasta avasallarme por completo, y estuve á punto de perder el seso un día en que me pareció notar que me miraba con interés. De mí huyeron el apetito y el sueño y me puse pálido, ojeroso y languideciente; pero á la sola idea de dirigirle la palabra, me echaba á temblar como una liebre que oye la voz de los perros. «¿Qué te pasa, calaverón?»—me dijo un día D. Anastasio—. Sospecho que estás enamorado». Se me encendió el rostro, balbucí una negativa y mi evidente turbación le sirvió de pretexto para seguir sus bromas.

—Ya veo lo que es. Juraría que has hecho la conquista de una mujer casada, perdido... No lo niegues, es inútil.

Y D. Anastasio reía, reía, en tanto que yo, corrido y abochornado, no levantaba los ojos del suelo.

—Harías mejor en casarte—añadió cuando se hubo serenado un poco;—necesitas establecer un hogar.

—Ojalá pudiera tenerlo—murmuré en un arrebato de osadía que me dejó pasmado.

—¿Quién te lo impide? No eres feo, dinero no te falta y mujeres sobran.

—Es que...

—Es que no me dices la verdad. Tienes novia, confíesalo.

—No lo crea V.

—A mí no me engañas, hipocritón. ¿Quién es ella?

Sentí que era llegado el momento de abrir mi pecho al padre de familia que podía colmar me de felicidad. Hice grandes esfuerzos por hablar, pero ¡ay! la lengua no obedeció las órdenes imperativas del cerebro y me quedé como una estatua, la estatua de la confusión. ¡Maldita timidez! Me despedí de D. Anastasio y entré á mi casa desesperado, sentándome á llorar como un niño. Horrible noche la que pasé. Loco de rabia me mordía las manos, me daba golpes en la cara y me cubrí de injurias. En la madrugada tuve un arranque de valor; salté de la cama y me puse á escribir una carta á D. Anastasio confiándole mi secreto y mis esperanzas; pero en el momento de ponerla en el correo me flaqueó el ánimo. Por fin tomé la resolución de enviarla con un mandadero. Un minuto después salí tras él para detenerlo, pero ya era tarde. La carta llegó á su destino. Lleno de zozobra eché á andar por las calles sin rumbo determinado, hasta que rendido de fatiga fuí á encerrarme en mi habitación. Por la tarde vino á verme D. Anastasio, y aunque procuraba tomar un aspecto reservado y serio, adiviné que estaba radiante:

—Conque quieres emparentar conmigo. Yo no veo ningún inconveniente; pero el asunto es muy grave y antes es preciso saber lo que piensa la muchacha. Nada le he dicho todavía; pero como es natural que estés impaciente, te aguardo esta noche en mi casa para que salgamos de dudas.

—La perspectiva de una visita me aterré y pretendí aplazar el lance, pero el viejo no quiso oír razones.

—Nada, nada; esta noche á las ocho.

Dió media vuelta y se marchó dejándome con la palabra en la boca. Dificulto que las congojas de un condenado á muerte superen á las mías

durante las pocas horas que me separaban de la que me había decretado D. Anastasio. Caído sobre una silla, con la mirada fija en las agujas del reloj, estuve agonizando hasta que las ocho campanadas implacables me hicieron levantar de un salto. Maquinalmente salí andando, como movido por una fuerza extraña á mi voluntad. Sentía la garganta seca y á cada paso se me doblaban las rodillas. No sé cómo pude llegar á casa de D. Anastasio; tres veces intenté levantar la mano para llamar y otras tantas me faltaron las fuerzas. De pronto se abrió la puerta. El viejo marrullero, que me conocía, me estaba atisbando.

—Adelante, calaverón. No gaste mos etiquetas. Somos de confianza.

Me tomó por un brazo y me hizo entrar á la sala. Casi me da un vértigo al ver á las dos hermanas, que me saludaron con un airecito modesto y adecuado á las circunstancias. Los latidos de mi corazón se podían contar sobre la ropa, y me puse á mirar á un lado y otro como buscando donde esconderme. Mi mano fría y húmeda tocó las del Día y la Noche, sin poderlas estrechar, y me desplomé sobre una silla.

Don Anastasio comprendió sin duda que aquella situación no podía prolongarse mucho, sin grave riesgo de un patatús ó de cualquiera otra ridícula catástrofe, y se fué al grano:

—Este caballero, á quien estimo mucho—dijo dirigiéndose á las niñas,—me ha escrito pidiéndome la mano de una de vosotras. Por lo que hace á mí estoy dispuesto á otorgársela, porque conozco sus méritos; pero ya le he dicho que esto no depende tan sólo de mi voluntad. En esta materia no quiero contrariar la de mis hijas.

Las dos bajaron discretamente los ojos y D. Anastasio, después de una pausa, prosiguió:

—Tú resolverás con toda libertad lo que más te convenga, Amelia.

Al oír el nombre de Amelia un

grito de indignación y de protesta brotó de mi pecho, ahogándose de paso en la garganta. Amelia era la del ojo bizco, la fea, ¡la Noche! He oído mal de seguro, pensé en el acto. Adelia y Amelia son nombres tan parecidos que es fácil confundirlos; pero cuál no sería mi desesperación cuando un momento después la Noche, como quien no quiere la cosa y no sin remilgos, despegó los labios para decir: «Haré lo que tú quieras, Papá».

—Pues entonces tendremos boda—replicó alegremente D. Anastasio; y cuanto más pronto mejor. Estas cosas no deben dejarse enfriar.

Si una mirada pudiera matar á un hombre, la que lancé á D. Anastasio lo habría dejado en el sitio; pero él se quedó tan campante y en sus labios vi dibujarse una sonrisita mefistofélica.

—Si te parece bien—añadió volviéndose hacia mí—convendremos de una vez en la fecha de la boda y demás detalles del caso.

Y sin aguardar mi respuesta, hizo una señal á las niñas que se retiraron. Habría jurado que Adelia estaba pálida y triste. La otra se despidió con un gestecito que quería ser amable, pero que á mí me pareció una mueca. A continuación y sin que yo hablase una palabra, D. Anastasio dispuso de mi persona y de mi suerte como le dió la gana; señaló día y hora para el sacrificio, me intimó todo lo que tenía que hacer para dar á su hija el rango y lustre que le correspondían, y cuando se hubo despachado á su sabor me despidió con un abrazo paternal exclamando:

—¡Ah, calaverón, te llevas lo mejor de la casa! Sólo porque se trata de tí consiento en separarme de esta criatura angelical.

Me marché resuelto á cometer un crimen antes que permitir semejante burla. La cólera me ahogaba, cólera de tímido, sorda y terrible. En la misma noche escribí una carta á D. Anastasio poniéndolo de oro y

azul; pero luego me asaltó la timidez y la eché á la cesta. En seguida hice otra más moderada; tampoco me satisfizo. Después otra y otras hasta agotar el papel. La aurora me sorprendió en el escritorio con las manos en la cabeza, horriblemente triste y convencido de que nunca me atrevería á formular la palabra salvadora.

Cuatro semanas después un sacerdote rechoncho y de cara plácida pronunciaba delante de mí y de la Noche, vestida de blanco, las frases sacramentales con que la Iglesia consagra y legitima el amor! Habiéndome faltado el ánimo para suicidarme, para huir y hasta para esconderme, dejé que me llevasen al altar con la resignación de las víctimas de que nos habla la Historia Antigua.

Los lectores maliciosos esperarán tal vez que relate las peripecias íntimas de mis bodas. No lo haré, privándolos así de algo muy divertido, aunque no para mí, porque á nadie place ser objeto de risa. Me lo veda también el respeto que debo á los demás y á mi mismo. Me limitaré á decir que la hija menor de D. Anastasio no es ni con mucho tan tímida como yo y que entre los recuerdos que guardo de aquella fecha memorable los hay que no son ingratos. Al fin en la sombra todos los gatos son pardos; pero debo confesar que los misterios de la noche no han podido consolarme de la pérdida de la hermosa claridad del día...

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

(Para EL FÍGARO).

A la señorita Elia Castro

(Para su album)

Me han dicho que tu boca es un joyero de corales y perlas y rubíes; rico tesoro que admirar espero si alguna vez en mi presencia ríes.

JULIO FLOREZ

San José, mayo de 1909.

El Doctor Alberto Uclés

UN representante genuino de la antigua magistratura centroamericana—magistratura de integridad y rectitud—ocupa hoy la Presidencia de la Corte de Cartago: el doctor Carlos Alberto Uclés, Magistrado por Honduras.

La vida del doctor Uclés ha sido vida de estudio, de consagración al trabajo y de culto al deber.

Sus profundos conocimientos jurídicos son producto de largas y continuas vigili-
as: su trabajo es de muchos lustros en las aulas, en las asambleas y en los tribunales. Ha sido notable como catedrático, como magistrado, como legislador.

Desde que principió su carrera judicial han gobernado en Honduras cerca de doce Presidentes y nadie puede acusar al doctor Uclés de que haya tenido con ellos la menor debilidad, la más pequeña condescendencia.

En la cátedra y en la tribuna fué siempre doctrinario, y sereno siempre, no cayó en el abismo de la pasión política, ni en el de las claudicaciones. Negóse á servir de Ministro á gobiernos que condenaba por arbitrarios, y de ahí que en su patria se le respete por todas las facciones políticas, que la juventud le llame Maestro y que el país entero lo aclame como un magistrado incorruptible.

En mayo de 1908 se reunió extraordinariamente el Congreso de Honduras

para designar Magistrado que integrara el Tribunal de Arbitraje Centroamericano. Había dos candidatos: el doctor Uclés y el doctor Dionisio Gutiérrez, Ministro de la Guerra. Ese Congreso que en febrero y marzo había hecho ruda

oposición al Presidente Dávila y que le rechazó el proyecto de reformas á la Ley Constitutiva, ese Congreso opositor al Gobierno, nombró, casi por unanimidad, para Magistrado de Honduras ante la Corte de Justicia Centroamericana, al doctor Uclés.

Para mí es un axioma que si ante la Corte se presentara acusación contra el Gobierno de Honduras, ya por algún gobierno de Centro América, ya por algún particular, el doctor Uclés daría curso á la demanda, y si era justa la reclamación, condenaría al Gobierno de Honduras, sin tomar en cuenta la razón de estado ni el localismo regional de los que de nombre se apellidan centroamericanos.

El doctor Uclés no es el agente de un gobierno: es el juez que representa la conciencia de la antigua Patria. Su labor en la Presidencia del Tribunal de Arbitraje será benéfica para Centro América; y su nombramiento es el primer paso, aunque corto, que la Corte de Cartago ha dado en el camino de su rehabilitación.

A. S. K.



Doctor Carlos Alberto Uclés
Presidente de la Corte de Justicia Centroamericana.

Fot. Paynter

Lo que se debe leer

Para EL FÍGARO

Alguno ha dicho—y si antes no lo dijo nadie lo digo yo ahora—que el mayor servicio que puede hacer un hombre de letras á la gran porción humana que gusta de la lectura, es echarse á cuestras la tarea de leer todo en beneficio de todos, y decirnos después lo que vale la pena de ser leído. Afirma la estadística que de las prensas tipográficas que hay en el mundo, salen diariamente, aparte de periódicos, revistas y folletos, varios centenares de libros, entre obras originales y traducciones, y que de ellos el noventa por ciento son verdadera basura, que la corrupción ó la presunción arrojan de cerebros tontos, dislocados ó podridos.

Pero en realidad el servicio que dejo apuntado no podría hacerlo un solo hombre, sino un instituto *ad hoc*, compuesto de personal numeroso, que se dedicara únicamente á leer el enorme montón de libros que día por día nos va dando la prensa, é hiciera de ellos la debida clasificación, separando los pocos instructivos y educadores, de los muchos vacíos de sustancia, cuando no corruptores de las costumbres. Aquel instituto sería una especie de tribunal depurador, algo así como una nueva Santa Inquisición, que colocara en el altar de la popularidad los libros sabiamente escrutadores y científicamente racionalistas, y condenara á las gemonías del olvido las obras indecentes ó insulsas, que, con abundancia de hongos, producen las alcantarillas intelectuales, en esta época que atravesamos, en la cual las audacias guerreras de pasadas generaciones, se han convertido para la presente en increíbles audacias literarias.

Yo abogaría por el establecimiento de ese tribunal ó instituto, para que economizáramos el tiempo que actualmente perdemos en leer—ó empezar á leer siquiera libros inútiles que arrojamos luego con desdén—

los que tenemos la manía de leerlo todo, porque estamos poseídos de una ansia santa y generosa de saber.

Esa selección de la lectura contribuiría por lo menos á retardar la venida de los tiempos apocalípticos, fijada para cuando la humanidad haya olvidado por completo las enseñanzas del cristianismo, y vuelto á la barbarie por el abuso de la sensualidad. Hacia allá vamos por desgracia demasiado aprisa; pero podemos aplazar la llegada durante algunas generaciones, si ponemos coto á la labor destructora del libro, durante todo este período en que los hombres, para saberlo todo, necesitan leer.

Porque hay que tener en cuenta que dentro de algunos años la humanidad no leerá más.

Al antiguo papiro lo mató el palimpsesto; á éste, el código; al código lo mató el libro levantado en planchas tipográficas; al libro lo matará el periódico, y éste dejará de ser cuando haya adelantado un poco más la representación gráfica de las ideas y de los hechos, y que el mundo, convertido en un inmenso cinematógrafo, presente á las miradas de todos el proceso de la vida, y entregue sin velos al examen de los hombres las fuerzas misteriosas de su desarrollo y el secreto de su evolución.

Entonces no solamente no se volverá á leer, sino que de las lenguas no quedarán más que algunas frases aisladas, exclamaciones de admiración ó de terror, lo necesario apenas para expresar el deleite y el júbilo ó el dolor y el espanto. En otros términos: llegada la humanidad á la perfección ideal que persigue, quedará colocada sin quererlo en el estado mismo en que se hallaba en los tiempos primitivos de la historia.

Es bueno que sepan mis lectores que esto que antecede no lo digo yo. Sería muy grande mi audacia si yo me metiera por mi propia cuenta en estas profecías; pero como vengo tratando de libros, me salió al paso con sus enseñanzas uno maravilloso,

y sin pensarlo he venido copiando aquellas enseñanzas. ELOIS Y MORLOCKS es su título, y el que quiera verlo lo hallará en la librería de Lehmann, pues ya que incidentalmente recomiendo el libro, debo decir además donde se encuentra; y agregaré, también por incidencia, que fué en esa librería donde descubrí yo—porque fuí el descubridor—el *Epistolario de Fradique Méndez*, y los preciosos libros de Monlaur, que debieran leer todos los que tienen dentro de su cabeza un espíritu, y dentro de su pecho un corazón. Diré, además, para completar esta noticia—que no es *reclame*—que el autor del libro mencionado arriba, aunque se empeña en encubrir su nombre tras un pseudónimo, deja ver claramente la silueta de un español ilustre, que escribe en la más bella dicción castellana, las visiones asombrosas de un profeta inglés. Es un discípulo aventajado de Wells, cuyos sorprendentes presagios amplía y confirma. Colega de Hugo Bensen, el autor de *El Amo del mundo*, aquel escritor zaragozano nos cuenta la historia de lo futuro con una claridad que á la vez encanta y amedrenta.

Vuelvo á mi punto de partida, del cual involuntariamente me apartó esta digresión, y diré que ya que no

pueda fundarse para los lectores en general un instituto como el de que he hablado, algo parecido á lo que hicieron los enciclopedistas del siglo XVIII, pero sin su tendencia de escuela y de secta, sí podemos nosotros hacer en beneficio de nuestro país y de nuestra juventud, esa selección de lectura, tan necesaria para mantener la rectitud en los caracteres, la honradez en las ideas, la corrección en las costumbres, la magnanimidad en los corazones y la limpieza en las almas.

Hagan esa selección los encargados de dirigir la enseñanza pública, y que no veamos más en las manos de jóvenes que apenas van entrando en la edad núbil, ciertos noveluchos de cerebros gastados por los vicios, y cuya lectura sus profesores aconsejan ó consienten, ó algunos libros de mérito real, pero cuya esencia fortísima produciría el vértigo en aquellas juveniles cabezas.

Es bueno que lo sepan los encargados de nuestra enseñanza: ya se han percibido en nuestra sociedad síntomas de envenenamiento, y no deben dudar ni por un instante que en las malas lecturas es donde se halla oculto ese veneno.

RAFAEL VILLEGAS

El violín

Dormitaba en su caja de madera
El trágico violín tuberculoso,
Cuando oyó que entre el viento quejumbroso
Sollozaba una flauta plañidera.
Como si amor en su interior sintiera
Despertó de su lúgubre reposo
Y entonó con acento melodioso
Una nota fugaz y lastimera.
Fué tan triste y doliente aquel sonido
Que su lamento me sirvió de pauta
Para hallar de su acorde el contenido.
Y como mi alma en el dolor es cauta,
Sin quererlo saber, he comprendido
Que el violín es el novio de la flauta.

ALONSO A. BRITO

Nuevo Ministro

Por decreto del 26 de mayo próximo pasado, el Presidente de la República encomendó la Cartera de Relaciones Exteriores al señor don Ricardo Fernández Guardia, una de las personalida-

podemos llamar ciudadano de la República de Centro América, y á quien pronto se le reconocerá la importancia de su obra, fruto del valor y del talento; y el Licenciado don Alfredo Volio que reúne



Ricardo Fernández Guardia
Ministro de Relaciones Exteriores é Instrucción Pública

des de Costa Rica más conocidas fuera del país por sus trabajos literarios de un mérito indiscutible, por su patriotismo y por sus servicios en la diplomacia.

Durante la administración del Licenciado González Víquez, el Ministerio de Relaciones Exteriores ha tomado una importancia que no ha tenido en otras épocas. Ahí dejan las señales de su paso el Licenciado don Luis Anderson á quien

un talento clarísimo á una cultura exquisita.

Justa y merecida es la honra que se dis-cierne al señor Fernández Guardia, y tenemos la firme creencia de que sabrá continuar la obra de sus antecesores, porque es verdadera honra formar parte de un Gobierno como el del señor González Víquez, en que la República es un hecho.

A. S. K.

Un baño en la poza de "La Junta" en Cartago

Para EL FÍGARO

A mi amigo el Doctor Skinner Klé.

Pocas veces me siento tan feliz, como, cuando al correr de la pluma, escribo las impresiones de los primeros años de mi juventud, de aquella edad deliciosa en que las ilusiones son las únicas flores que aromatizan el camino de la vida, las únicas que respira el corazón, permítaseme la frase, á pulmón abierto. Los pesares por crueles que la suerte los presente, son tan fugaces como un relámpago, y no dejan en nuestro recuerdo ninguna muestra de su paso, como los meteoros no dejan señal en el azul del cielo!

Corría el año 1870; estaba yo de interno en el Colegio de San Luis Gonzaga, regentado en aquella época por el ilustrado doctor don Valeriano Fernández Ferraz, uno de los maestros que más bienes positivos han hecho á Costa Rica en el campo de la Instrucción Pública; uno de los profesores á quien los hombres que hoy figuran más en el país, le deben el haber recibido en su cerebro la semilla de la ciencia. Siempre que me honro en estrechar la mano del doctor Ferraz, lo hago con fruición indescriptible de reconocimiento y de gratitud, ya por el bien que me ha hecho con su ejemplo, ya por que cuando hablo con él de los tiempos pasados, me parece que leo en el libro abierto de mi vida, las páginas más felices de mi existencia.

Mis amigos predilectos en el Colegio eran, entre otros muchos, Federico Guzmán, Napoleón Aguilar, Santiago de la Guardia, Secundino Bedoya y David López; éste último era mucho mayor que nosotros, pero su ingénita bondad hacía que lo buscásemos los pequeños para que nos sirviera de compañero, para que nos protegiera, ya evitándonos algún peligro que nuestra inexperiencia pudiera ocasionarnos, ya amparán-

donos y hasta defendiéndonos en nuestras cotidianas peleas con los más grandes; lides en que con la temeridad propia de los primeros años, los hombres no respetamos, como vulgarmente se dice «ni pelo, ni color, ni tamaño».

Era un domingo, lo recuerdo perfectamente, me parece que ayer fuera no más, el convenido de antemano para la excursión; los unos habíamos salido para nuestras casas, los otros para las de sus recomendados ó *acudientes*; á las ocho de la mañana nos reunimos en casa, lugar de cita, designado por Federico, que era vivo como el que más, camorrista y valiente como ninguno y contaba entre sus muchas cualidades la de aventajado nadador; salimos para «La Junta», Federico, Napoleón, Santiago y Chinazo (ese era el nombre familiar con que en el Colegio, llamábamos á David); en el camino se nos agregó Secundino Bedoya, rival aventajado de Federico, cuando de nadar se trataba. Ibamos provistos de sendos anzuelos y con un paquete de lombrices que Federico había recogido en el patio de su casa, en la raíz de una *chayotera*, y felices como unas pascuas á nuestra aventura, sin prejuizar el modo trágico, como ésta iba á concluir. Llegamos á la poza, nos desnudamos, Santiago y yo nos metimos en la *cola* de la poza, en donde el agua nos llegaba apenas al ombligo; en cambio los otros, unos dando el salto mortal, otros tirándose *de consumida*, la cruzaban en todas direcciones, ya braceando, ya dando zapatazos, ya haciendo la plancha, ya por último sacando arena del fondo más profundo, con gran contentamiento para ellos y grande envidia para Santiago y para mí, para los que todas las habilidades, en la natación, se reducían á *consumirnos* tapándonos las narices ó haciendo *la vieja* y abriendo los ojos dentro del agua, pero siempre agarrándonos de la piedra más cercana.

Pasado el baño, resolvimos dedicar un rato á la pesca; y, en efecto, provistos de nuestros anzuelos, bien cebados, y después de escupirlos, porque eso era un incentivo más para coger bastantes *barbudos* y con el sombrero por toda ropa, nos dirigimos río arriba llenos de felicidad, cuando un *barbudo* ó una *olomina picaba*. Al llegar á algún potrero, dejábamos los anzuelos dedicándonos por un rato á la gimnasia, dando saltos y haciendo cabriolas, más que zapatetas dió en el aire el célebre Manchego, en Sierra Morena. Ya cuando el sol había hecho su oficio de sinapismo en nuestras espaldas y cansados y más que cansados, hambrientos, le preguntamos á un labriego que pasó cerca de nosotros: *qué horas serán?* «Las dos ó menos», nos contestó. Ah! *carachas!* Ya habrán almorzado en nuestras casas, fué, nuestro primer grito, y presurosos regresamos á la poza en busca de nuestras ropas, que habíamos dejado escondidas en el hueco de una piedra, pero no las encontramos... habían desaparecido. ¿Quién se las habrá llevado? Nos preguntamos con desesperación viéndonos en la imposibilidad de regresar á nuestros hogares, no teniendo por ropa más que nuestros sombreros y cada uno una sarta de *barbudos* en la mano. Resolvimos esperar á que oscureciera para regresar á Cartago, y en efecto cuando llegamos á donde hoy está edificado el Rastro, oímos un grito que pasaba de boca en boca y que decía: «allí vienen». A este grito contestó un clamoreo de llanto é imprecaciones. Una porción de gentes que eran amigas de nuestras familias, nos recibió, los unos á *trompada* limpia, las señoras á coscorrones y las viejas á pellizcos, todo esto por supuesto adornado con los dicterios de *indinos*, bandidos, diablos, etc., y así fuimos conducidos á la casa de mis padres. Nuestra llegada al hogar fué el acabose. Allí hubo llanto, desmayos, nueva repe-

tición de *trompadas* y pellizcos. Querían matarnos porque no nos habíamos ahogado! Al día siguiente supe qué había motivado esa *carrera de vaqueta* y fué lo siguiente: mi padre vino á almorzar á las once y al sentarse á la mesa le preguntó á mi madre: «Y Samuel? Ella contestó con la mayor tranquilidad: «Se anda bañando con Federico y Napoleón en «La Junta». «¿Cómo en «La Junta»?... Mi padre cruzó el cubierto, se levantó y se fué á hablar con su vecino don Jesús Guzmán y lo puso al tanto de lo que pasaba; convinieron en esperar un momento á ver si llegábamos, pero viendo que tardábamos, montaron á caballo y se dirigieron de prisa á la poza. No nos encontraron; nos buscaron como una aguja, por fin encontraron la ropa y con lógica aterradora lanzaron este grito: «Se han ahogado»!! Volvieron con la desesperación, que sólo los que somos padres podemos comprender, y le dieron parte á don Pedro García. Ese excelente hombre que era á la sazón Gobernador y Comandante de Plaza, al tener noticia de tan horrible desgracia dió orden en la policía y en el cuartel que fueran á buscarlos río abajo. Llegaron á las casas de don Jesús Pacheco, don Nicomedes Sáenz: en fin donde todos los amigos de mi padre y de don Jesús Guzmán y se organizaron partidas con *mecates* para ir á buscar los cadáveres; donde encontraban un remanso en el río y que el agua se arremolinaba, un soldado ó un policial se tiraba á bucear y al rato salían diciendo: «No hay nada en el fondo».

Se ofrecieron premios al que encontrara siquiera un cadáver. Ya atardecía, las noticias más contradictorias venían á la ciudad, y entre tanto que en nuestras casas todo era desesperación y llanto, yo en compañía de mis amigos me dedicaba á dar vueltas *de carnero* ó andar *de manos* en los potreros. Nuestro regreso trajo la tranquilidad á los

acongojados espíritus y las caricias más acerbas á nuestros desnudos cuerpos. Mi madre al verme y al recibirme en sus cariñosos brazos, cambió el llanto de su desesperación, en llanto de felicidad. Triste misión la de la vida, cuando el alma reboza de felicidad, de pena ó de dolor, nuestros ojos se llenan de lágrimas, las unas son amargas como el acíbar, las otras dulces como el néctar; pero siempre son lágrimas las unas y las otras.

SAMUEL URIBE

San José, mayo de 1909.

Peligros del Heroísmo

CRONICA MUNDIAL

El héroe Jack Binns, vive en Nueva York, y es un hombre completamente desgraciado.

Fué héroe, en una noche trágica, y ahora está pagando las consecuencias de su heroísmo.

Binns estaba encargado, á bordo del *Republic*, de los aparatos de la telegrafía sin hilos.

Este trasatlántico chocó con su congénere el *Florida*, no recuerdo donde, y empezó á irse á pique con sus pasajeros y tripulación que ascendían á setecientos.

Binns no pierde la sangre fría: mientras todos los pasajeros gritan aterrORIZADOS y luchan por alcanzar las lanchas, y la tripulación se desespera y pierde la esperanza de salvación, Binns se entretiene en enviar aereogramas á todos los puntos del horizonte, avisando el siniestro ocurrido, la desesperada situación del barco é indicando el lugar exacto donde estaban á punto de perecer.

Algunos trasatlánticos, que navegaban á varias millas de distancia, recibieron la noticia y se dirigieron á toda máquina al lugar de la catástrofe.

El primero que llegó, el *Baltic*,

recogió á los pasajeros y tripulación del *Republic*, que se hundió, y luego se llevó á remolque al *Florida*, que difícilmente se sostenía á flote.

Binns llegó á Nueva York dos días después, á bordo del *Baltic*, y aquí es donde para él empezó un peligro mayor acaso que el ocurrido á bordo.

La aristocracia se ha apoderado de él, y le exalta, le elogia, le banquetea, le mima, le fastidia.

Los teatros y el *Music-Hall* le envían palcos; los fabricantes de específicos denominan con su apellido, previo permiso del héroe, las nuevas clases de sus invenciones farmacéuticas; las *girls*, le abrazan en público alarmando su pudor—porque Binns es muy pudoroso, como héroe sajón.—Los periódicos envían contra él *reporters* y fotógrafos; pero el golpe de gracia se lo dieron en el Circo del Hipódromo:

Ocupaba un palco cerca del escenario, y procuraba que el público no reparase en él, para que le dejasen presenciar tranquilo el espectáculo.

Pero después que un coro de cuatrocientas muchachas, vestidas vaporosamente, hubo cantado una canción patriótica—*clou* de la revista que se representaba,—uno de los artistas, adelantándose á la batería, dijo al público, señalando al palco que ocupaba Binns:

«Señoras y señores: Tengo un gran placer presentando á ustedes al señor Binns, héroe del *Republic*».

Un trueno de aplausos acogió estas palabras.

El público, puesto en pie, pidió á grandes voces que Binns hablara.

El desdichado héroe trató de huir; pero cinco acomodadores le cogieron en brazos y le llevaron á la escena, no obstante sus protestas.

—¡Que hable, que hable!—seguía gritando el público.

Y Binns tuvo que hablar, contando en términos conmovedores lo ocurrido en la terrible noche en que el

Republic y el *Florida* chocaron corriendo peligro de irse á pique.

Luego, perdida ya la cabeza, habló de Nelson, de la superioridad de la raza sajona, del concepto del deber, y concluyó declarando que estaba dispuesto á dar su vida por sus semejantes.

Las señoras lloraban, los caballeros aplaudían; Binns, deseoso de safarse, saludó y refugióse en una de las cajas.

Pero sus sufrimientos no habían terminado todavía.

Las cuatrocientas coristas que estaban en escena se lanzaron sobre él para testimoniarle su admiración prácticamente.

Huyó aterrizado, perseguido por las cuatrocientas muchachas; bajó á los fosos y escondióse entre las patas de un elefante.

Sus perseguidoras le sacaron de allí y le abrazaron y besaron miles de veces, arrebátandosele las unas á las otras, tirando de él, rompiéndole el traje, pisándole crueles, abollándole el sombrero y dejándole, en fin, en un estado lastimoso.

Y cuando el empresario* del circo acudió á salvarle, se lo encontró tendido sobre el estiércol de una cuadra, medio desvanecido, cubierto de barro y polvos de arroz y lamentándose amargamente de haber sido héroe.

**

Notas bibliográficas

Hemos recibido:

«Memoria de Fomento presentada al Congreso Constitucional por Oscar F. Rohrmoser, Secretario de Estado en el Despacho de esa Cartera. San José de Costa Rica.—1909».

El último año económico ha sido nefasto para Costa Rica. Parece que una divinidad implacable se hubiera

ensañado contra la Administración del actual Presidente, señor Licenciado don Cleto González Víquez. Pero si la Naturaleza se propuso destruir las obras públicas, su Gobierno se empeñó con inteligencia, trabajo y constancia en reparar los desastres. El final de 1908 y el principio de 1909 fueron fatales para las empresas ferrocarrileras á causa de las lluvias torrenciales. Hoy ya están hechas las reparaciones necesarias y el tráfico en corriente.

Las labores de la Secretaría de Fomento no se limitaron á reparar siniestros. Se han emprendido nuevas obras y algunas de ellas de importantísima trascendencia, como la sección de vía férrea entre El Cascajal y El Roble á cargo de W. H. Knowlton; el puente del río Barranca y el del río Grande cuyas vistas hemos publicado. Se han proseguido multitud de trabajos en puentes y edificios públicos.

Consideramos patriótica, laboriosa y tesonuda la gestión de la Secretaría de Fomento.

«Pan American Magazine. Mexico City. December 1908. Vol. VII. N° 2.»

Edición especial tendente á dar á conocer la República de Guatemala en el extranjero. Contiene estudios sobre geografía, historia, agricultura, minería, flora, fauna, industria y comercio y estudios inexactos sobre finanzas y estadística. El editor falta á su programa haciendo la apoteosis del Presidente Estrada Cabrera—amigo de la *pose*—cuyo re-

trato publica seis veces. En verdad que sólo por espíritu de adulación se puede atribuir á ese Gobernante, decidido apoyo en favor de instrucción pública.

Aunque la Revista tiene muy buenos fotograbados del país y de *personajes*, el encargado de preparar el *material* se olvidó de incluir algunas vistas de los patíbulos, mazmorras y fusilamientos. Serían de interés y de actualidad.

Chispazos

Tienes, niña, un pie divino
mas no lo luces con arte,
porque no quieres calzarte
en casa de SABATINO.

**
Esa calvicie supina
que te parte medio á medio
ya no tiene más remedio
que curarla con RHUM QUINA.

**
Sufres esa tos indina
que causa tu desazón
por no gastar un colón
en un frasco de TERPINA.

**
OFRENDA
Si tú me das un abrazo
te devuelvo al punto dos...
y además te doy un vaso
de CAMIA DE V. RIGAUD.

IMPRESA, PAPELERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFADO DE AVELINO ALSINA

POMADA + JABON + POLVOS **FILODERMA**

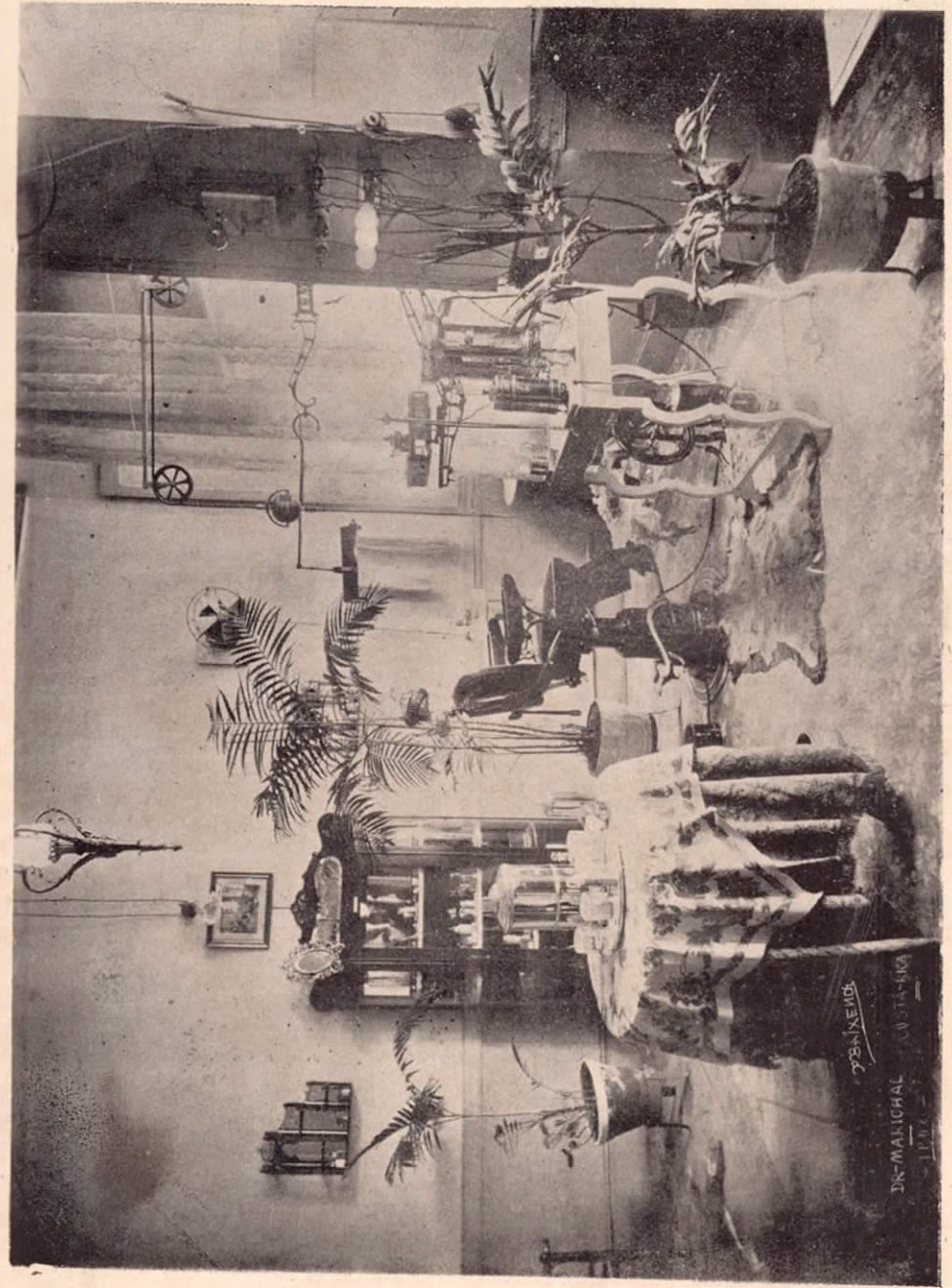
Reconocidas ya, y suficientemente probadas por el país entero las excelencias de nuestra **POMADA FILODERMA**, estaría demás insistir en la recomendación de tan útil é indispensable preparado, auxiliar poderosísimo de la Naturaleza en la mejor de sus creaciones: la hermosura femenina. Queremos hoy simplemente hacer saber á todos los distinguidos lectores de **EL FÍGARO** que nuestro **JABON** y nuestros **POLVOS FILODERMA**, poseen todas las propiedades curativas de la Pomada, y son, además, el complemento de ésta en su acción embellecedora.

Los Polvos Filoderma son inofensivos, antisépticos, adherentes é invisibles.

El Jabón Filoderma deliciosamente perfumado, blanquea y afina el cutis, y le da frescura y fragancia.

Son estos tres preparados, por su indudable eficacia y por el esmero puesto en la elección de sus componentes, el más valioso homenaje que puede rendirse al gallardo pensil costarricense.

BOTICA FRANCESA HERMANN Y ZELEDON

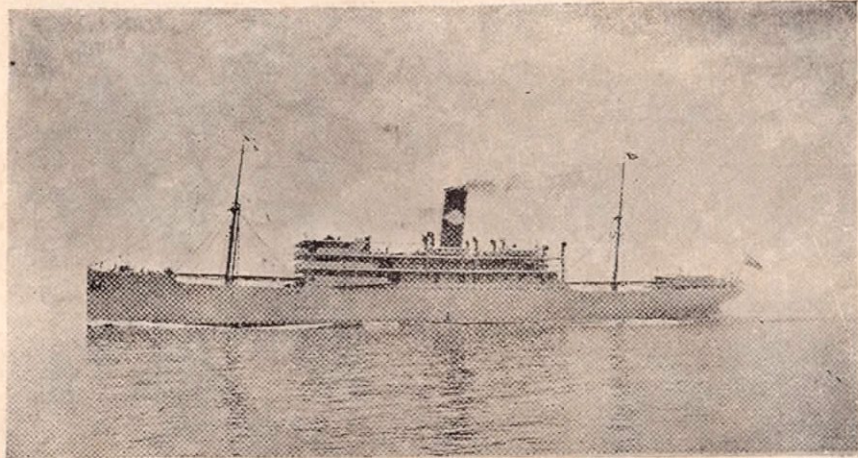


FOT. BAIXENCH
GABINETE ELÉCTRICO-DENTAL DEL DOCTOR B. MARICHAL MORA
EL MÁS CÉNTRICO Y MODERNO EN SAN JOSÉ, Y EL PREFERIDO POR LA BUENA SOCIEDAD

United Fruit Company

SERVICIO DE VAPORES

NUEVOS VAPORES ♦♦♦ NUEVO SERVICIO



VAPOR CARTAGO

Los vapores **Cartago**, **Parismina** y **Heredia**, especialmente construídos para el servicio tropical, hacen la travesía entre Puerto Limón, Puerto Barrios y New Orleans. También hay vapores que corren semanalmente entre Puerto Limón y Boston.

Los pasajeros deben presentarse ante el Cónsul Americano en San José ó Limón, tres días consecutivos antes de embarcarse para New Orleans ó Mobile, á fin de obtener una constancia de haber permanecido en estos lugares dichos tres días.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company, en San José ó Limón.

ELDERS & FYFFES LIMITED

Línea directa de vapores entre Puerto Limón (Costa Rica)
y Manchester y Bristol (Inglaterra)

Los vapores de esta Línea hacen la travesía de Puerto Limón á Manchester ó Bristol en 17 días. Salen de Limón cada quincena.

Pasaje de Primera á Bristol. £ 20
Pasaje de Primera á Bristol, ida y vuelta. £ 38

A las familias que tomen 4 pasajes enteros se les concede una rebaja del 10 por ciento.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Co., en San José ó en Limón, y á los sub-agentes Sasso y Pirie, San José.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.